

políticos (la banalidad del mal anteriormente mencionada), justificando así la invasión al país vecino. Ante todo, el libro cumple con su función principal, de explicar de manera didáctica la historia de las corrientes políticas y hacer ver la relevancia de esta en nuestros días.

LUCÍA RODRÍGUEZ MORENO
Universidad Pablo de Olavide

PÉREZ MARCOS, M., *¿Qué es neuroteología?* Senderos: Sevilla, 2023.

El presente libro trae consigo una tarea. Esta es la de centrar el debate sobre la neuroteología entre los hispanohablantes. Para ello, primero comienza centrando el término 'neuroteología' para después exponer los diferentes debates actuales que se están dando en esta disciplina.

El término fue utilizado por primera vez por Aldous Huxley, pero rápidamente comenzó a evolucionar. Tanto el filósofo William James como más tarde el biólogo molecular Francis Crick son algunos de los precedentes de esta disciplina. Sin embargo, desde sus orígenes comenzaron los problemas con la definición de la disciplina. La neuroteología no es comprendida igual por todos aquellos que la practican, sino que hay diferencia en las bases definitorias. Hay varias definiciones de esta, pero Moisés Pérez Marcos señala claramente su orientación: «nosotros vamos a entender la neuroteología como el intento de comprender la religión o las experiencias religiosas desde la perspectiva neurocientífica» (p. 27).

Para ello, primero bosqueja los reduccionismos. Por ejemplo, uno de los primeros campos de estudios de la experiencia religiosa a nivel neuronal fue la psiquiatría en colaboración con las ciencias cognitivas. No era extraño tratar de relacionar epilepsia con experiencias religiosas. No obstante, esto ha caído en descrédito desde hace tiempo porque solamente un 5% de los epilépticos llegan a desarrollar hiperreligiosidad. Además, como con mucho atino señala Moisés Pérez Marcos, «que algunos tipos de epilepsia conduzcan en algunos casos a un aumento de la religiosidad nos habla, ciertamente, de una correlación, pero una correlación no es una explicación causal» (p. 33). Así, este tema, perteneciente a su segundo capítulo, aparece bien tratado. Pero además en ese segundo capítulo trata de otros experimentos, como el casco de Dios de Persinger, o las ideas de Jeffrey Saber y John Rabin, quienes afirman la inexistencia de un órgano de la percepción religiosa, sino que este está en relación con el sistema límbico que es el que marca las experiencias (p. 49). También aborda a V. S. Ramachandran, quien propone cuatro modos de comprender la experiencia religiosa y se cimenta en la ventaja evolutiva de la religión –aunque Moisés

Pérez Marcos delimita bien los límites de los estudios de Ramachandran—. O la hipótesis de D. Hamer, en la que el autor se centra en exponer el libro de *El gen de Dios*. Finalmente, en este segundo capítulo trata sobre M. Alper, para quien la religión «se trata de un instinto que se debe a unos genes, seleccionados por la evolución por la ventaja adaptativa que aportan» (p. 69). Entre otras ventajas, una fundamental es el alivio frente a la conciencia de la finitud humana. En general, este segundo capítulo lo que aborda son autores que han tratado de monopolizar las explicaciones sobre las experiencias religiosas reduciéndolas a algún elemento concreto.

El tercer capítulo viene a terminar se mapear a la neuroteología. Moisés Pérez Marcos aborda ahí las perspectivas no reduccionistas. Comienza con D' Aquili y Newberg, quienes consideran que no puede haber un reduccionismo, pero tampoco caen en un dualismo, sino que consideran que la mente y el cerebro son dos lados de una misma realidad. Para ellos, el cerebro, dentro de sus muy variadas funciones, es una generadora de mitos incesantes a causa de que son explicaciones de las realidades últimas de la realidad. Cada sociedad genera sus mitos. A partir de ellos se generan rituales, que tienen que ver con actividades que se pueden experimentar y registrar neurológicamente. También Newberg y D' Aquili abordan la meditación en estos ámbitos. Esto se debe a que el cerebro es una especie de prisión: todo lo que sentimos, pensamos o reflexionamos pasa por la actividad cerebral. A este tema, Moisés Pérez Marcos establece un punto crítico muy interesante, y es que, «el sujeto propio de atribución del conocimiento no es el cerebro, sino la persona» (p. 106). Con esto, el autor del libro que comento quiere referir a que nosotros no quedamos reducidos a nuestro cerebro, sino que la complejidad humana es superior a esa reducción que felizmente llama «cerebrocentrismo». El capítulo sigue comentando ahora a M. Beauregard de forma breve. Luego pasa a P. McNamara, quien propone el marco del procesamiento predictivo. Esto es, que el cerebro funciona esencialmente a través de las predicciones que realiza (p. 120). Esto es, que el cerebro funciona con expectativas. Pero estas no siempre se cumplen, teniendo entonces el cerebro que reevaluar la situación llevando a cabo una transformación profunda de la persona. Esto lo denomina McNamara, descentramiento. De ahí la religión: es la forma más exitosa de lidiar con el descentramiento. Un poco más adelante, Moisés Pérez Marcos señala la deriva del pensamiento de McNamara en el personalismo escatológico, donde pretende rescatar la dignidad de la persona humana como realidad irreductible. Tras comentar algunas críticas posibles, el autor de este libro sigue exponiendo a I. McGilchrist, quien considera que el cerebro tiene dos hemisferios con funciones distintas. Sin embargo, la experiencia de la religión se da en ambas, pues hay formas de religiosidad propias del hemisferio izquierdo y otras más propias del hemisferio derecho. Al final, el

autor del libro termina de un modo conciliador con McGilchrist compartiendo la necesidad de humanizar a las ciencias en general.

El quinto y último capítulo es, a mi juicio, el más interesante. Hasta ahora la tarea que ha realizado Moisés Pérez Marcos ha sido la de exponer. Es cierto, ha añadido críticas a algunos autores, y de otros las ha recopilado, pero su labor ha sido eminentemente expositiva. Labor que ha sido profesional e imparcial. Pero en el quinto capítulo Moisés Pérez Marcos pasa a posicionarse más claramente. Para ello plantea los nuevos desafíos filosóficos que trae consigo la neuroteología, siendo bastante contundente en sus consideraciones. En primer lugar, para el autor hay que aceptar que no sabemos con exactitud y precisión milimétrica cómo funciona el cerebro. Eso nos hace comenzar nuestras interpretaciones en neurología y neurofilosofía –así como neuroteología– tomando un punto de partida ya parcializado. Es prácticamente imposible ser imparcial. Además, el cerebro registra nuestra actividad, pero el ser humano no queda reducido a su cerebro, sino que es la persona propiamente la que actúa y experimenta su realidad. No somos reductibles a un órgano por muy privilegiado que este sea. De ahí que divertidamente el autor sugiera que «afirmar que el cerebro ve tiene tan poco sentido como afirmar que nos acercamos al Polo Este de la Tierra» (p. 171). Por otra parte, no es solo que el ser humano no sea reductible a su cerebro, sino que el cerebro tampoco es reductible a una tormenta neurológica ordenada cual ordenador. Además, en dos breves páginas el autor del libro plantea una crítica desintegradora a buena parte de la neuroteología. Es muy sencilla y fácilmente resumible, pero incontestable: sí, en las experiencias religiosas hay actividad neuronal, pero eso solo muestra que la actividad neuronal es condición necesaria, mas no condición suficiente. Si me permiten saltar un poco el guion, yo planteo tras leer el libro: a ver quién es capaz de demostrar la suficiencia de la actividad neuronal en la experiencia religiosa. Eso es, de entrada, imposible si se hace en serio. O reduccionista, pero ya no se haría en serio. Por último, el libro cierra firmemente insistiendo en que buena parte de los estudios en neuroteología muestran correlaciones, pero no causalidades, lo que lleva al autor a plantear dura y divertidamente la siguiente idea: «Pongamos un ejemplo de la neuroteología. Hemos descubierto que en efecto hay un correlato neuronal determinado de una determinada experiencia. Es decir: cuando meditamos se activa esta o aquella parte del cerebro. Pues bien, ¿y qué? ¿Nos ayuda eso a entender mejor la meditación, su funcionamiento? ¿Ayuda eso a establecer cómo el cerebro produce ese estado, si es que lo produce, o cómo una mente inmaterial actúa sobre el cerebro para producirlo, si es que lo hace? Realmente no. Lo que la mayor parte de estos estudios aportan a nuestro conocimiento y comprensión sobre los hechos es realmente poco» (p. 184).

Como consideración final me gustaría remarcar las fortalezas que este libro ofrece. En primer lugar, trae a los hispanohablantes el debate sobre neuroteología. Eso ya es condición suficiente para laurear el mérito de Moisés Pérez Marcos. Pero hay más puntos importantes. En segundo lugar, su libro presenta un excelente para actual sobre las diferentes posturas en neuroteología. Plantea magníficamente también por qué unos enfoques son (o no) reduccionistas en último término. En tercer lugar, es un libro ameno. El tema es de facto bastante pesado, pero la narración del autor permite pasar entretenido las horas con algunos comentarios que divierten al lector. En cuarto lugar, sabe delimitar muy bien las limitaciones de las diferentes teorías neuroteológicas en un ejercicio de estricta profesionalidad. En quinto y último lugar, el capítulo cinco, con el que el libro cierra, vale oro. Saber presentar los temas de la neuroteología es una tarea complicada, pero tener la destreza de plantear con claridad cuáles son los retos actuales para esta disciplina es algo muy complicado que cualquier persona que investigue sabe de su dificultad. A fin de cuentas, hay libros que uno por más que los lea no los puede comprender y –lo que es peor– no extrae conocimiento de ellos. Pero que al terminar de leer este libro de Moisés Pérez Marcos cualquier persona termina teniendo muchas luces sobre la neuroteología no es correlacional, sino causalidad *sensu stricto* de lo bien pensada que está esta obra.

ANDRÉS ORTIGOSA
Universidad de Sevilla